

25-N EL ANÁLISIS ELECTORAL

CARLES CASTRO
Barcelona

El desfiladero soberanista que una parte sustantiva de la sociedad catalana se aprestaba a atravesar tras las elecciones del 25 de noviembre está lleno de sorpresas. Lo que se presentaba como un paseo militar del nacionalismo se ha convertido en una acribillada peregrinación por un campo de minas. Las sorpresas, además, no se han hecho esperar. La primera, y que explica buena parte de las restantes, ha sido el nivel de participación en los comicios: 69,6%, casi once puntos más que en el 2010. La afluencia a las urnas no sólo superó en más de cinco puntos la tasa récord en unas autonómicas (1984) sino que se situó por encima de la registrada en la mayoría de las elecciones generales en Catalunya. Sin duda, una bendición para la democracia, pero un regalo envenenado para el nacionalismo.

Ciertamente, la participación ha crecido en todas partes, pero

El horizonte soberanista desplazó voto independentista de CiU hacia ERC y despertó al electorado españolista

Sorpresas en el desfiladero

centra un mayor porcentaje de catalanes procedentes del resto de España y que, además, venían siendo feudos de la izquierda.

Segunda sorpresa. Los principales promotores del proceso soberanista, Convergència i Unió, han perdido casi cien mil votos con respecto al 2010, mientras Esquerra y los independentistas radicales han sumado alrededor de 300.000 más (un tercio de los cuales proceden sin duda de CiU). Eso sí, el nacionalismo en su conjunto ha conseguido rom-

per su techo de voto histórico. Por un lado, la logrado un récord de voto absoluto: casi 1.800.000 sufragios, frente a la marca anterior de algo más de 1.600.000, en 1995. Por otro lado, su porcentaje de voto sobre el conjunto del censo electoral (el 33,9% de más de cinco millones de ciudadanos en edad de votar) ha marcado también un nuevo récord, aunque modesto: tres décimas más que en 1984. Pero, con una abstención del 30,4%, aún queda un 36% del censo electoral que ha

apostado por el resto de partidos no nacionalistas y, en ínfima medida, por el voto en blanco (que ha caído a la mitad) o el nulo.

Y aquí nace la gran paradoja que neutraliza parcialmente ese resultado récord del nacionalismo. En un contexto de mayor participación, CiU, Esquerra y la CUP sumaron el domingo dos puntos menos que el total de fuerzas nacionalistas en el 2010 (o un punto menos si se computan los votos de SI, que anteaño no obtuvo representación). En cualquier caso, se trata de un porcentaje (el 47,8% de los votos emitidos) similar al de las elecciones que vieron la eclosión de Esquerra, en el 2003 (el 47,4%), y lejos del 52% de 1984 o del 54% de 1992.

Claro que el balance del nacionalismo es aún más modesto si se mide a través de la cosecha en escaños. El cómputo nacionalista del domingo (74) queda por debajo de los 77 diputados que sumaron CiU y ERC en 1984; de los 81 de 1992, e incluso de los 76 que, junto a SI, reunieron hace dos años. En realidad, el desenlace del 25-N se parece más al de los 73 escaños de 1995, unas elecciones también muy participativas, y sólo queda por encima de la etapa de declive de CiU, entre 1999 y 2006, cuando ambas fuerzas sumaban 68 o 69. En definitiva, un respaldo parlamentario algo limitado para la envergadura de los retos que supone rediseñar el encaje de Catalunya en España.

Y, finalmente, la tercera sorpresa en unas elecciones que debían coronar la fiebre soberanista que los sondeos atribuían a Catalunya tras la eclosión callejera de la Diada: los partidos de dimensión estatal o directamente españolistas también sumaron el 25-N muchos más votos que en el 2010 (200.000 en el cómputo de PSC, PP y C's, y 130.000 más en el de ICV). Es decir, si el incremento de la participación permitió en 1984 o en el 2003 un mayor despliegue del voto nacionalista, una afluencia superior como la registrada el domingo ha supuesto también un incremento de votantes de otro signo. Como si el aumento de la participación hubiese propiciado una imagen más auténtica de Catalunya.

Ahora bien, el voto no nacionalista ha acusado el peso de la crisis, de modo que el PSC ha retrocedido en casi cuatro puntos, el PP ha mejorado en apenas seis décimas, y el gran triunfador ha sido Ciudadans, el partido más radicalmente anticatalanista, que avanza en más de cuatro puntos. Pero si el PSC ha perdido sólo 50.000 votos, ¿de dónde han salido los 84.000 que suma el PP y, sobre todo, los casi 170.000 que agrega C's? Las encuestas responderán a esta pregunta —quizás con más éxito que en sus pronósticos electorales para el 25-N—, pero algunos cálculos sugieren que esos votantes añadidos proceden sobre todo de los electores populares que hasta ahora se abstentaban en las autonómicas. Buena prueba de ello es que la suma de PP y Ciudadans en las catalanas (746.000 votos) coincide con los sufragios que populares y UPyD obtuvieron en las generales de hace un año (755.000). Y aunque también han podido participar en el crecimiento de C's un contingente de antiguos votantes socialistas, estos últimos ha-

brían contribuido más al alza de ICV (que gana 80.000 votos respecto a las generales de noviembre del 2011). De hecho, si se suman los votos de PP y C's en las autonómicas del 25-N en localidades como Badalona, l'Hospitalet, Santa Coloma, El Prat o Manresa, el resultado es muy similar al que lograron en esas mismas localidades UPyD y los populares en las generales de hace un año.

Conclusión: la apuesta explícitamente soberanista ha sido un pésimo negocio electoral para CiU. Primero, ha desplazado su voto más *arrauxat* hacia una formación más genuinamente independentista como ERC, que se ha beneficiado además —junto a la CUP— del alza de la movilización. Segundo: la expectativa de un proceso soberanista que alterase profundamente el statu quo ha despertado a electores (básicamente de centro españolista) que normalmente no participan en las autonómicas pero que ahora lo han hecho en favor del PP y, sobre todo, de C's, una formación casi antisistema por lo que respecta al imaginario catalanista. Es decir, ganan los extremos y pierden los partidos centrales.

Así pues, una vez más la minoría determinante que intenta desde hace siglos dotar a Catalunya de estructuras de Estado no midió bien las fuerzas con que contaba. O quizás, atraída por la niebla escocesa, olvidó una de las enseñanzas de Quebec: "El ideal de las naciones sin Estado que viven en democracia es ser gobernadas por independentistas que nunca declaren la independencia". Y es que cuando se revelan los límites del nacionalismo, se desnudan también las enormes dificultades que entraña seguir avanzando por el desfiladero soberanista. ●

PROTAGONISTAS

Más participación en zonas con mayor tasa de población del resto de España

ORIGEN DEL VOTO

Los votos populares y de C's suman una cifra similar a la del PP en las generales

LA PARADOJA

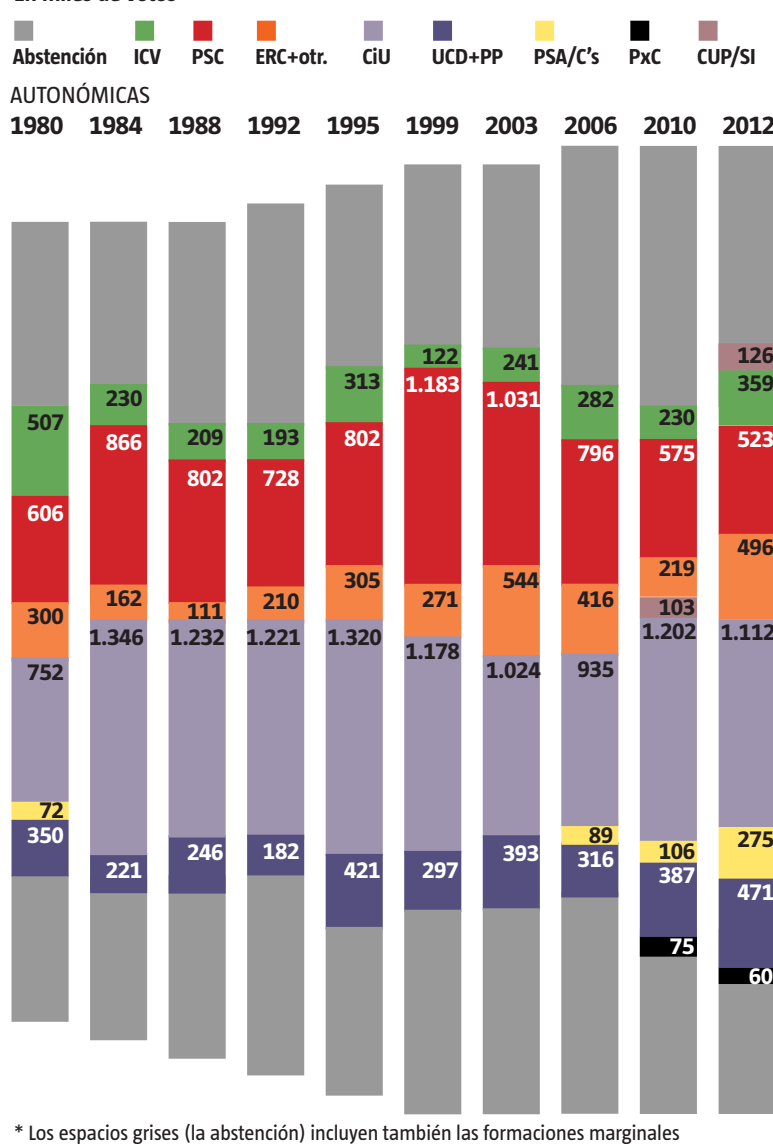
El nacionalismo ha roto el techo de 1984, pero no lo traduce en escaños

en unas partes más que en otras (ver cuadro adjunto). Por ejemplo, mientras crecía casi 11 puntos en el Baix Llobregat o en el Tarragonès, aumentaba en nueve en el Berguedà o en siete en el Solsonès, verdaderos santuarios electorales del nacionalismo.

Por supuesto, en la Catalunya interior la participación es más alta que en la Catalunya metropolitana, pero un ascenso tan desigual revela un cierto agotamiento de las posibilidades de expresar electoralmente los territorios más proclives a CiU o Esquerra. En cambio, la participación ha crecido más en aquellas zonas del territorio donde se con-

Evolución de los espacios electorales en Catalunya

En miles de votos



* Los espacios grises (la abstención) incluyen también las formaciones marginales

LA VANGUARDIA

La evolución de la participación 2010-2012

Aumento de la afluencia a las urnas en diversos municipios	
Badalona	+11,1
Cerdanyola	+12,0
El Prat	+13,0
Sta.Coloma Gram.	+12,7
Badia del Vallès	+14,0
l'Hospitalet	+10,6
Igualada	+8,8
Manresa	+8,0
Puigcerdà	+8,0
Vic	+7,0
Nou Barris	+10,7
Sant Martí	+9,9
Les Corts	+6,9
Sarrià-Sant Gervasi	+5,5

¿El final de la participación selectiva?

■ Las elecciones autonómicas catalanas se habían convertido en unos comicios de clases medias y, más exactamente, de la clase media catalanista. Sin embargo, el ascenso de la participación en los comicios del domingo, y sobre todo su mayor impacto en zonas tradicionalmente abstencionistas, abre la puerta a otros protagonistas. La duda es si mantendrán su presencia cuando no se diriman cuestiones identitarias.

¿Por qué fallan (a veces) las encuestas?

■ ¿Por qué fallan a veces las predicciones de los sondeos? ¿Hay errores en la selección de la muestra representativa? ¿O acaso la mutación de costumbres, como la sustitución de muchas líneas de teléfono fijas por móviles, deja a grupos de la población fuera de cobertura? ¿O es que influye también el calen-

dario electoral? Por ejemplo, hay electores que confiesan haber votado a un partido en las últimas catalanas (2010) cuando, en realidad, ese voto corresponde al emitido en unos comicios más recientes, las generales del 2011. De ese modo, si esos electores no votan al mismo partido en generales y autonómicas (o

no votaban antes en las catalanas), falsean involuntariamente los trasvases de voto entre unas y otras autonómicas. Y de ahí el enorme descalabro atribuido al PSC, pues muchos de quienes decían que ahora ya no iban a votarle, no lo habían hecho nunca en las catalanas y sólo lo hicieron en las generales.